

El Autonomista

DIARIO REPUBLICANO DE AVISOS Y NOTICIAS
SE PUBLICA POR LA TARDE

FRANQUEO
CONCERTADO

AÑO XXXV. — NUMERO 9.451

Subscripción
2 pes. mes

Calle de la Prensa, núm. 10 • GERONA • Telé. Interurbano, núms.
Toda la correspondencia se dirige al Director. — De los trabajos publicados serán responsables sus autores.

cénts.
núm. sueltos

MIÉRCOLES, 4 FEBRERO DE 1931

Anverso, reverso y canto de la peseta

Habla el Gobernador del Banco de España.— El optimismo financiero del Sr. Bas

—Parece que se han puesto ustedes, los periodistas, de acuerdo para concederme una importancia que no tengo—me dice don Federico Carlos Bas, al tiempo que me invita a sentarme frente a él en un sillón de su despacho, severo y elegante, en el Banco de España. Y añade: En pocas horas, es usted el tercero que viene en busca de declaraciones.

—Pues lo celebro, porque así, para no coincidir con lo que dijera a mis compañeros, me contará usted cosas que silencio hasta ahora. Y siempre lo que se guarda es lo más interesante.

El señor Bas sonríe. Con una sonrisa franca, que anima aún más su rostro expresivo. Y con exquisita cortesía hace ese gesto que los periodistas poco experimentados toman como de entusiasta ofrecimiento y que los más duchos saben que significa la mayor parte de las veces resignada aquiescencia.

—Si le parece a usted, Sr. Bas, dejaremos aparte lo concerniente a su viaje a Basilea. Ya sé, y lo saben también los lectores, que todos los directores de Bancos de emisión con que ha conferenciado usted se han mostrado llenos de simpatía hacia España. No nos ocupemos de sus gestiones en el Banco Internacional de Pagos, y hablemos de la estabilización de la peseta. ¿De acuerdo?

El gobernador de nuestra primera institución de crédito se muestra encantado, ya que su auténtica modestia repugna en sus labios toda alusión a actuaciones personales, con mayor motivo cuando, como ocurre en este caso, el éxito ha acompañado su función.

—¿Cree usted imprescindible la estabilización de nuestra divisa?

—Absolutamente imprescindible. La economía cada vez más pujante de nuestro país no puede permitir que la moneda se halle expuesta a las oscilaciones motivadas por la especulación.

—¿Van muy adelantadas las gestiones para fijar el tipo de estabilización?

—Sí, señor. Pero se trata de cuestiones tan extraordinariamente delicadas, que cualquier atolondramiento, cualquier precipitación sería fatal. La Oficina de estudios financieros que hemos creado en el Banco de España se ocupa de analizar y resolver cuantos aspectos encierra el problema. El plejísimo de la estabilización. Luego, con todos los informes y elementos de juicio a la vista, se fijará el tipo definitivo de cambio, y el Gobierno hará de hecho la estabilización, que sólo tomará cuerpo de derecho al ser sancionada por las Cortes en su día.

—¿Se acogerá favorablemente tan trascendental medida?

—Estoy seguro de ello. Cuantos técnicos en la materia han expresado su opinión, empezando por el propio director del Banco Internacional de Pagos, M. Quesnay, creen que es el único camino para la normalización definitiva de la economía española.

—¿Interviene también en las tareas preparatorias el Centro Oficial de Contratación de Moneda?

—No. La utilidad del Centro es muy otra. Funciona bajo la dirección exclusiva del Banco de España y del Tesoro, y tiende a nacionalizar y reducir en lo posible las operaciones en curso. Como su mismo nombre indica, su fin primordial es la centralización de los cambios. Su labor en este aspecto es sumamente beneficiosa. Si el abastecimiento de las demandas de

moneda extranjera, tan copiosas en los últimos tiempos, se hubiese realizado separadamente por varios Bancos en vez de por un organismo único, la competencia habría determinado elevación superior en el cambio a favor de las divisas de otros países.

—¿Tiene actuación directa el Centro en los mercados extranjeros?

—Sí, y tan grande que puede decirse que los domina en absoluto en cuanto se refiere a la peseta. Las cotizaciones de esos mercados, además, responden por lo común a orientaciones nacidas e irradiadas del propio Centro Oficial.

—¿Cuál juzga usted que es la principal ventaja de las labores de esa oficina?

—Ante todo, y ello bastaría para demostrar el éxito y la importancia de su gestión, contrarrestar las oscilaciones brutales producidas por los intereses particulares que, sin tener en cuenta deberes más altos y patrióticos, operan a ciegas, atentos sólo a su provecho económico, y determinan con sus ventas y compras innecesarias graves daños para la estabilidad de nuestra moneda. Por eso el Centro obra a la luz del día, sin sostener situaciones ficticias, como se hizo en otros tiempos.

—Y aun pagamos las consecuencias de ello. ¿No le parece?

El Sr. Bas sonríe enigmáticamente.

—¿Puede influir el Centro en el cambio de la moneda?

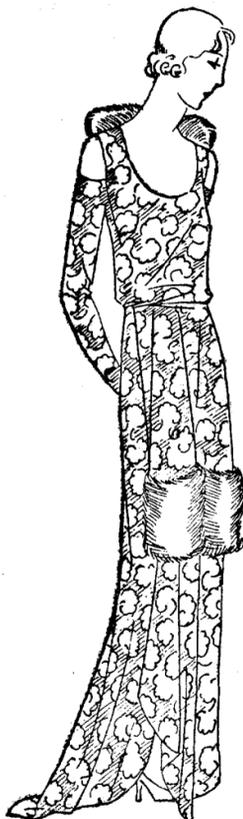
—No. Para eso tendría que hacer maniobras que no entran en su cometido.

—¿Hay mucha demanda de libras?

—Sí, señor. A veces llega hasta el cuádruplo de lo que normalmente debería ser.

—¿Y puede atender el Centro a toda esa demanda?

—Por completo, pues dispone de ne-



Cliché E 13.—Vestido de puntilla oro, adornado con renard amarillo. Con este vestido se llevan las mangas guantes.

dios suficientes para satisfacer todas las peticiones.

—¿Contando con los tres millones de libras oro que posee España en el extranjero?

—Esa cantidad significa una contrapartida intacta que, si ello fuera necesario, reforzaría la que está a disposición del Centro.

—¿Por qué señala el Centro cambios altos, en momentos favorables de la cotización internacional de la moneda?

—Fundamentalmente, porque los tenedores de divisas se resisten a venderlas si no es a precios altos.

—Se ha dicho que señalando esos cambios altos se beneficia el Centro.

—¿Qué absurdo! El Centro de Contratación de Moneda vende al mismo precio que compra. Habrá beneficio, marcándose cambio alto, para el vendedor de igual suerte que para el comprador, pero no para el intermediario que es el Centro.

—¿Su impresión, pues, respecto de la peseta?

—Favorabilísima. Nuestra moneda ha sufrido grave enfermedad, pero por fortuna está ya en franca convalecencia y muy pronto gozará de nuevo de excelente salud.

—Habrá que cantar un himno a los médicos que la curaron.

El Sr. Bas sonríe, satisfecho...

C. FERNANDEZ CUENCA

(Colaboración de EL AUTONOMISTA)

CRONICA DE LONDRES

La inhospitalidad inglesa

Muy probablemente a los lectores españoles les agrada leer alguna cosa acerca del epílogo que tuvo en el extranjero el último movimiento revolucionario, y como el caso es curioso y, al mismo tiempo, han ocurrido algunos hechos que tienen una importancia moral muy grande, queremos dedicar este artículo a referir lo sucedido, creyendo que resultará interesante.

Como es sabido, los aviadores españoles rebeldes huyeron a Portugal, pero una vez allí quisieron trasladarse a Inglaterra, y, al efecto, tomaron pasaje en el vapor "Hildebrand", destinado a Liverpool. Antes de su salida de la capital lusitana, quisieron hacer visar sus pasaportes, pero allí les aseguraron que no había ninguna necesidad de ello. Partieron, pues, confiadamente, pero cuál no sería su sorpresa, al ver que los agentes de la inmigración en dicho puerto inglés les prohibían la entrada y les ordenaban regresar a Portugal en un buque que en breve habría de salir con rumbo a Lisboa.

En efecto, los aviadores se vieron imposibilitados de quedarse en Inglaterra como se proponían, y tuvieron que embarcarse nuevamente. Mas deseando ir a Francia, por lo menos, formaron el propósito de desembarcar en El Havre, si les era posible, para continuar hasta París. Parece ser que el comandante Franco se enteró de lo que les había ocurrido y se apresuró a dirigirse a El Havre, en donde efectivamente, vió a sus compañeros, quienes le anunciaron que estaban haciendo la huelga del hambre desde el día anterior. Y le rogaron que hiciera las gestiones necesarias para que se les permitiese desembarcar en Francia.

El comandante Franco así lo hizo. Las autoridades de El Havre no tenían ninguna instrucción acerca del caso, pero después de consultar con el Gobierno, recibieron la autorización para permitir que desembarcasen los aviadores. Estos lo hicieron así y luego tomaron el camino de París.

Eso es lo ocurrido, pero ahora falta consignar los comentarios que la cosa ha suscitado.

En cuanto la prensa inglesa se enteró de ello, se mostró unánime en censurar con acritud a los oficiales de la inmigración, y más especialmente a sus jefes, doliéndose de que un país como Inglaterra, que hasta ahora había concedido el derecho de asilo, incluso a los perseguidos por la justicia por delitos comunes, pudiera juzgar indeseables a unos militares extranjeros porque su pasaporte no estaba visado y cuyo único crimen consistía en haberse rebelado contra su Gobierno. Y luego preguntaban si en el caso de que, dentro de un año, estallase una revolución victoriosa en España y los actuales gobernantes desembarcaran en Liverpool, después de verse obligados a abandonar sus funciones, también las autoridades británicas les negarían la entrada por el hecho de que a sus pasaportes les faltara el correspondiente visado.

Este hecho lamentable ha merecido las censuras generales, pues todos consideran que las autoridades inglesas no han estado a la altura acostumbrada, negando la entrada en nuestro país a unos valientes oficiales que, quizás equivocados, pero llevados por su patriotismo, se comprometieron a apoyar el movimiento revolucionario. Y eso es tanto más de sentir por cuanto, como antes indicamos, Inglaterra siempre ha tenido el prurito de conceder el derecho de asilo a todo el mundo—excepción hecha, naturalmente, de los criminales y asesinos—y muchos se preguntan si con la conducta que ahora se ha seguido no se habrá querido dar satisfacción a la monarquía española. Pero aun eso no obedece a una costumbre, pues más de una vez Inglaterra, haciendo caso omiso de los monarcas de otros países, no

ha querido renunciar a lo que ella considera un deber humanitario y sagrado.

En fin, que Francia se ha mostrado más generosa y comprensiva que nosotros y eso y más tratándose de quienes se trata, resulta doloroso para todo buen inglés.

Y ya que hablamos de este asunto, no queremos dejar de consignar tampoco, las declaraciones que en Liverpool hizo a un periodista el capitán Collar, uno de los aviadores en cuestión. Manifestó que habían volado en sus aparatos sobre el Palacio Real de Madrid, dispuestos a bombardearlo, pero que al advertir que no había estallado la huelga general y que las calles estaban llenas de gente, dejaron caer numerosas proclamas en vez de bombas. Luego añadió que las fuerzas de artillería que fueron a rendirlos, dispararon intencionadamente a cierta altura, de manera que los aviadores rebeldes pudieran huir con la mayor facilidad y sin peligro.

El capitán Rexach dijo, por su parte, que en su vuelo hacia Portugal agotó antes de lo que suponía la provisión de gasolina de su aparato, pero que, sin embargo, pudo salvar la frontera y que desde allí fué a reunirse con sus compañeros.

Esto es cuanto ha ocurrido y cuanto puede decirse de momento. La opinión pública inglesa sigue con mucha atención los sucesos de España y se muestra bastante intranquila con respecto a su porvenir. Y todos parecen tener el deseo cordial de que, sea como fuere, España logre la paz y la prosperidad que merece.

H. ROBERT SHANEY

(Colaboración de EL AUTONOMISTA)

CRONICA DE LA MODA

Los encajes

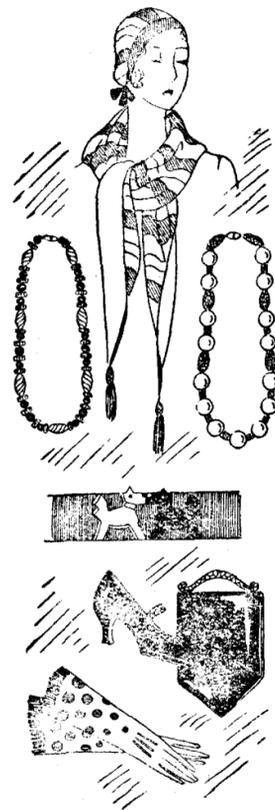
Durante unos años pudo creerse que las mujeres habían renunciado definitivamente a los encajes y a las cintas que tan apreciados fueron por nuestras abuelas. Se creía que, dado el carácter práctico de nuestras modas no podían resucitar tales adornos que a la vez resultaban molestos y carísimos.

Y en efecto, la industria encajera pasó muy malas temporadas. Las obras de arte que se hacían con los encajes, no sólo en Francia, sino también en otros países y que valían más que pesadas en oro, parecían relegadas definitivamente al pasado, en categoría de preciosidades casi arqueológicas, solamente apreciadas para guardar en vitrinas o exhibir en bailes de trajes.

Pero en cuestiones de moda puede decirse que realmente la historia se repite y se puede aplicar la conocida frase de "Nihil Novus sub sole" porque los mismos adornos y los mismos trajes que se llevan antaño, hacen su reaparición, aunque sean modernizados, y de nuevo vuelven a encantar a las mujeres elegantes.

Así se observa ahora con respecto a los encajes. Y si bien se piensa, es lógico, porque después de una temporada en que solamente se atendió al aspecto práctico del traje, había de llegar otra en que los grandes modistos y sus clientes se dejaron arrastrar por un poco de romanticismo. La ley del equilibrio lo quiere así y por esta razón vemos que no sólo en la moda, sino hasta en la literatura y en el arte todos vuelven los ojos a cien años atrás...

Pero, dejándonos de divagaciones, repitamos que los encajes han vuelto cuando la mujer ha decidido recobrar su gracia y su línea verdaderamente elegante. Por esta razón en muchos



Cliché N 21.—Gorro y echarpe de jersey de seda a rayas verdes y rojas. Collar de dos tonos de azul. Collar de esmalte negro y perlas. Motivo de hebillas de cultura "ric y rac": dos pequeños perros de madera recortados, beige y marrón. Cartera de cuero y zapatos haciendo juego. Guantes de piel beige rosa, flecos azul.